

Fue a visitar a este doctor, médico, curador, de esos que hacen masajes y te curan los males, del cuerpo, de la emoción, del alma, de los mismos pensamientos; durante el tiempo que duró la consulta, estuvo masajeando contundentemente cada parte del cuerpo esperando encontrar algo, pero nada, nada le dolía, empezó a requerir que le contara, para entender por qué nada le dolía y luego de escucharla, terminó por sugerirle que encontrara un maestro para que continuara su proceso, antes de irse le pidió que se subiera en la camilla, y repasó la columna hasta llegar al coxis, allí presionó y removió un dolor tan profundo que retumbó en la misma conciencia, ese dolor era Algo y ella lo sabía.

De tanto en tanto el dolor aparecía de nuevo, asociado a algún movimiento, ella empezó a buscar, a abrazar ese dolor, a entenderlo, se estiró, se retorció, trotó, saltó, se agachó y cada que aparecía lo observada atentamente, a veces sentía que estaba cerca de lograr que algo se moviera definitivamente para darle paso a la sanación, pero no ocurría.

Hasta que un día, en medio de una rutina de saltos y bailes pasó, algo pasó, el dolor se volvió intenso, no del orden de lo insoportable, pero allí estaba y ella sabía que de no entender, que de no llegar hasta el fondo del asunto, podría empeorar, lo sabía.

Así que encontró con toda la ayuda que tuvo una postura que le permitió al mismo tiempo sentir aquel dolor y conectarse con el de cerca, tenía el oído y la conciencia tan cerca como pudo de su origen e inhaló profundo y con cada exhalación se acercaba más y dolía más, inhalaba y tomaba fuerzas, exhalaba y se acercaba más, y cada vez más, cuando ya se sintió lo más cerca, Vió.

Volaba sobre un puente, volaba lento cómo acercandose, y vió a una joven, una joven también niña, una niña también joven, estaba parada mirando hacia abajo, estaba ahí, planeaba tirarse al agua, ya lo había hecho antes y le encantaba, sentía vertigo y adrenalina, sentía que lograba abrazar la incertidumbre y entregarse al vacío, pero aquel día el agua estaba más lejos del puente, le pareció demasiado, miró a su padre, el estaba ahí, estaba parado apoyando sus manos contra las vigas del puente, observando.

Y no saltó, fue donde su padre y le dió un abrazo, se abrazaron largo y se pidieron perdón, ella se pidió perdón así misma porque por un momento pensó en saltar para demostrar a su padre que no tenía miedo, que podía con todo, para demostrarle que sabía lo hacía y que sabía que todo saldría bien, y perdonó a su padre por los pensamientos de temor y tragedia que pudieron haber salido de su mente, de su corazón sobre lo malo que podría pasarle si saltaba. Se abrazaron a través del tiempo y del espacio, se abrazaron en el infinito y compartieron su camino, entendieron en ese momento que todos vivimos para aprender y que lo hacemos juntos.